

UN JUEGO DE CARTAS CRUZADAS ENTRE LOS POETAS NOEL JARDINES (SANTIAGO DE CUBA, 1953) Y LEÓN FÉLIX BATISTA (REPÚBLICA DOMINICANA, 1964), NARRA LA VISITA DEL PRIMERO A LA CASA DE LEZAMA LIMA EN LA CALLE TROCADERO 62. ESTA CORRESPONDENCIA FORMA PARTE DEL LIBRO: **LEXAMA. 100 POETAS DE LÉXICO LEZAMIANO** QUE PREPARA FÉLIX BATISTA.

■ Querido León Félix Batista:
Mi primer contacto físico con Lezama fue una vieja grabación que me pasó un poeta uruguayo, donde el viejo se escucha en una trabajosa respiración trepando por sus versos. Inolvidable escuchar: “con qué seguro paso del mulo en el abismo...”. Unos años después, una amiga me enseñó una primera edición de *Paradiso*, donde aparecía una dedicatoria a su abuela: “Para Fara Rey, deseándole una buena y constante alegría para que siga el hilo elaborado por mi inspiración, para permanecer en el laberinto, con mucho afecto de Lezama Lima, 1966”. Habían trabajado juntos en el Ministerio de Historia. Eran simplemente amigos. En 1999 tuve mis dos y últimos contactos físicos con Lezama. El poeta santiaguero León Estrada me mostró los naipes de Lezama. Estaban en su poder. Ahora no recuerdo la elaborada historia de cómo llegaron a sus manos. Lo cierto es que Teresa Melo tenía uno de los naipes como talismán poético gracias a un obsequio de León Estrada.

Y ese mismo año, de vuelta a casa, pasé por la calle Trocadero. Toqué la puerta. Me salió una mujer con el pelo embarrado en mierda. Los vecinos le habían lanzado una palangana de mierda y orines



en protesta. Querían utilizar todo el edificio que incluía la casa de Lezama como museo. Era una cuestión de desalojo. La mujer me dejó en la casa y se fue no sé adónde a limpiarse. Quedé solo en medio de la sala de Lezama. Allí un balance, un modestísimo sofá, una vitrina con libros de cara a la ventana de la calle. Pocas cosas, el piso de mosaicos, las paredes

de un color de olvido. Abrí la puerta del baño y no me atreví a entrar. Dos pasos y el cuarto estrecho, casi infantil, con una cama alta y solitaria contra la pared. Me recordó la cama de Machado en la casa de huéspedes de Segovia. La cocina y el escritorio se me unen en la memoria. Me senté donde Lezama se sentaba a escribir. Miré alrededor. Me pareció una cabina espacial, rara. Uno que otro cuadro colgado, maderas oscuras, las plumas y bolígrafos de Lezama sobre la mesa. ¿Sería cierto que eran del poeta? La mujer, ya sin olor a mierda, me aseguró que todos los objetos de la casa habían pertenecido al poeta. Le pareció curioso encontrarme sentado detrás del escritorio. Me disculpé. Por lo menos no me había encontrado metido en la bañera. Y me hizo el cuento de un poeta chileno que se metió en la bañera y luego se puso a cagar en el *toilette*.

El patio es centrífugo. Aquellas viejas construcciones habaneras que traían de España, el pillar de las persianas y el silencio toledano. Miré hacia arriba y no me cayó nada. La gente vivía detrás de aquellas barandas y ventanas. En la sala, volví a mirar los libros que allí reposaban en la vitrina. Uno en particular se me quedó grabado. Era un tomo rojo. En el lomo decía "Poemas de fray Luis de León". Me prometí hacerle una lectura detenida. Afuera, una adolescente más negra que el azabache, me sacó una foto entre la puerta y la ventana. Un día de estos buscaré la foto entre mis cosas. Yo sé que anda por ahí, entre los papeles. Y como hay muchos papeles, no hice la prometida lectura


a fondo de fray Luis hasta el año 2004 en Montevideo. Me detuve en una librería que se llama Papacito. Lo primero que vi fue un pequeño tomo de las cosas de fray Luis. En el bar, que está frente al teatro Solís, leí y escribí. Salieron unos cuarenta poemas durante aquel invierno austral. De ellos he sacado uno al azar, como en un manajo de naipes, de los naipes de Lezama si tú quieres, para que lo leas. Aquí lo copio en una computadora que no conozco bien. Ahí la vuelta física de estos poemitas y Lezama.

La rueda, aunque más puedas, voladora

Fray Luis de León

He soñado tantas veces que regreso.
Y que vuelo. Donde hacia donde
Se ha encargado el carruaje de fuego
Que me tira de lo incógnito.
Un sitio y otro he apuntado
No sé para cuál memoria. Si al cabo

A cada cosa le he puesto un acomodo
Que otro nombre impone.
La fosa Del lapso, su hambre,
el umbral
De un fin que no entiendo
Y que repone su paso. Inútil
Pensar que el espanto lo defina.
La rueda, aunque más puedas,
voladora.

Tuyo,
Noel Jardines 




Mi querido Noel Jardines:

■ Agradecido de tus poemas sobre Lezama para *Lexama*, contagiados de fray Luis. Son dos inmensidades de insondabilidad. Lezama, contrario a ti, no me cayó del cielo en palangana, sino que vino montado en dos delfines (su *Poesía Completa* por Seix Barral, Barcelona, 1975). Por supuesto: no leído en esas fechas —lo que habría sido inútil—, sino un poco después, cuando casi prescribía el pegamento y empezaba ya a despararrarse al manoseo el tomo. Yo conservo ese ejemplar, no firmado por Lezama, pero entre *Libertad bajo palabra* (que me firmara de puño y letra Octavio Paz en el Metropolitan Museum, celebrando sus ochenta años), y *Hule*, de Néstor Perlongher, dedicado de este modo, cuando casi se moría: “para León Félix Batista, en el comienzo de una amistad eterna”. Y, claro, con Perlongher volví al cubano, extendiendo su extensión de neobarroco. Y esa noche en Nueva York conocí a David Huerta como no es recomendable: cuando entrábamos los dos al sanitario.

Yo de naipes a nivel de talismán no puedo hablar. Me basta de amuleto el colmillo que tú sabes que guardo entre mis discos aquí en Santo Domingo, pareja del colmillo que conservas en New Jersey. ¿Sabes tú por qué lo tienes? Te lo cuento: abril, año 2000, voy llegando a Buenos Aires para presentar mi libro *Crónico* y a leer en compañía de Lorenzo García Vega, el benjamín del grupo Orígenes (y aquí vuelve Lezama hacia nosotros). Mucha niebla cubre a Ezeiza; casi no se puede ver. Mi avión logra ate-

rrizar a duras penas, no así el de Lorenzo, que proviene de Miami, y fue desviado a Córdoba. El poeta Reynaldo Jiménez —mi editor por esa vez— me divisa de inmediato entre la gente: no hay muchos mulatos caribeños de paso por Argentina. Y así llega la noche, y los siguientes días, medrando entre los gatos de María Inés Aldaburu, quien me alojó en su casa tantas veces recreando los “¡cadáveres, cadáveres!” de Perlongher. Apareció Lorenzo al día siguiente, contrito y ojeroso pero agudo, y con, además, Héctor Libertella, D.G. Helder, Mirta Rosenberg, Tamara Kamenszain, Elliff, Susana Villalba, Daniel Samoilovich, bebimos como locos, como cosacos líricos: leímos y reímos y dormimos.

Pero llegó la hora de cruzar La Plata, porque en Montevideo me esperaba un jabalí. El marido de Silvia Guerra había salido a cazarlo por esos montes del sur; y bien asado, en sus adobos —los imagino con fogata—, esperaban mi demora los poetas: Marosa di Giorgio, santa matrona que perdimos; Rafael Courtoisie, siempre de negro; Eduardo Espina, como yo de vacaciones gringas; Luis Bravo con *performances*, muchos poetas más. Sin embargo, oh destino de imprevisibilidad: había elegido viajar en plena Semana Santa, justo cuando medio Buenos Aires se vuelca a Montevideo. Ninguna maniobra, por más turbia, me permitió obtener asiento en el transbordador: me hube de conformar adivinando el parpadeo de las luces que a lo lejos, etcétera. Silvia Guerra, haciendo el viaje inverso, se vino a Buenos



Aires y, aunque no me trajo carne, me obsequió el colmillo derecho del jabalí salvaje del que nunca comeré, como un recuerdo. Cuatro años más tarde, cuando fuiste al Uruguay, en el momento en que adquiriste entonces los poemas de fray Luis en Librería Papacito, Silvia decidió obsequiarte el colmillo izquierdo de mi jabalí perdido, basada en dos razones: porque yo los presenté y porque, vaya razón poética, Noel es el inverso de León: un palíndromo perfecto.

Y bueno, nunca vi a Lezama vivo, nunca fui a Montevideo, nunca he vuelto a Buenos Aires, no he comido jabalí y hace tiempo no te veo. Pero, por loores a Lezama, por nuestra amistad antigua y por los días santos del cono sur, te retransmito este poema que salió de aquel encuentro:

Los gatos de Aldaburu

A María Inés, en Buenos Aires

Los gatos son constantes vertebradas en el tedio. Los gatos, en instinto, son preguntas.

¿Cómo ensanchan ambas córneas en lo oscuro cuando inquieren por el iris de un espejo?

Su mutismo sibilino es lo que intriga, pero en toda la egipciaca estructura: ¿cómo pudo no escurrirse por las grietas la misiva tan felina de una mole?, ¿cómo pasa por los tantos estados de materia (va de pez a pedestre al aerostato)?

¿Eran cartas de amor las que escribía? La respuesta se desliza en los tejados.

Te abraza,
León Félix Batista 🐾